

MEDITACIÓN SOBRE LA IGLESIA*

por el R.P. Dr. CORNELIO FABRO

La Iglesia es la *casa*. La Iglesia es la *madre*. La Iglesia es la *patria*. Casa, madre y patria del alma en el júbilo del espíritu. Pero del espíritu que anima al cuerpo, de la historia del hombre como individuo y como totalidad. Por eso la Iglesia acoge también nuestros cuerpos, los santifica y los bendice en la vida y en la muerte. La conciencia eclesial ha surgido poco a poco en la vida de la Iglesia como respuesta al individualismo de los reformadores, para afirmarse en este último siglo a partir de la eclesiología del Vaticano I. Así la Iglesia llegó a ser la "casa", es decir la habitación de las almas:

"El Pastor eterno y guardián de nuestras almas, para convertir en perenne la obra saludable de la redención, decretó edificar la Santa Iglesia en la que, *como en casa del Dios vivo*, todos los fieles estuvieran unidos por el vínculo de una sola fe y caridad"¹.

De este modo el Vaticano I en la Constitución dogmática *Pastor Aeternus* plantó la semilla; el Vaticano II, a un siglo de distancia, desarrolló el árbol... ahora esperamos las flores y los frutos. El Vaticano I había afirmado la Iglesia, separándola del mundo y defendiéndola del mundo; había buscado y afirmado su "identidad" en la diferencia del mundo, la de su mensaje de salvación; el Vaticano II comenzó a presentarla al mundo según su presencia de verdad y caridad en cuanto a la universalidad de su tarea y a la donación de sus carismas para salvar al mundo.

"Cristo es la luz de los pueblos. Por ello este sacrosanto Sínodo, reunido en el Espíritu Santo, desea ardientemente iluminar a todos los

¹ Publicado en 1976 y recopilado, con otros muchos artículos de diversos temas teológicos y pastorales, en *Momenti dello Spirito* (Assisi 1983) (Nota del Editor).

¹ DS 3050

DIÁLOGO

hombres, anunciando el Evangelio a toda creatura con la claridad de Cristo, que resplandece sobre la faz de la Iglesia”².

Después de la breve llamarada del inmediato post-concilio, que resultó ser por doquier en el mundo católico un florecer de fulgores eclesiales, desbordantes de serena esperanza para todo el mundo creyente y de los mismos no-creyentes fascinados por la nueva aurora de la Iglesia, aquel fuego, si bien no apagado del todo, parece languidecer: el Santo Padre³ lo indica a menudo y con creciente preocupación. Parece como que en algún momento y postura de la teología post-conciliar Dios y Satanás, la Iglesia y el mundo... , hayan cambiado los roles, o más bien que Dios y la Iglesia hayan dejado libre paso al diablo y al mundo. Observamos, en efecto, que el dogma está languideciendo en sus fórmulas antiguas, avaladas por la sangre de los mártires, y que no pocos principios de aquella moral que produjo santos, hoy son contestados. En vez de la conversión *del* mundo, la conversión *al* mundo. En vez de la renovada fidelidad a la Iglesia y a su infalible Magisterio, la carrera detrás de las confusas y fugaces novedades del siglo. En vez de la ciencia divina, las ciencias humanas. Y sin embargo es aquí, sólo aquí, en la presencia de la Iglesia para los creyentes, para cada uno que sienta en el fondo de su espíritu la fuga del tiempo, y en nuestra presencia para la Iglesia en aquel acto en el que dócilmente se nos arrebató la libertad, es decir en el acto de fe en Cristo Salvador presente en su Iglesia, donde se ilumina y se resuelve el enigma del hombre y de su historia. Así, en familia, con los hermanos que están junto a nosotros, con Cristo fundador de la Iglesia, con María Madre de la Iglesia, con los ángeles y los santos... : entre pruebas, penas, temores, peligros y consumidoras nostalgias de la *Coelestis Urbs Hierusalem*.

El siglo XVIII fue el siglo del “retorno” de la teología a la meditación sobre la Iglesia; el siglo XIX llegó a ser el siglo del “discurso” de la comunión de los hombres con la Iglesia: esperamos el

² CONC. VAT. II, Const. *Lumen Gentium*, 1.

³ Se refiere a Pablo VI (Nota del Traductor).

eón (siglo o época) de la “acción teológica” de la Iglesia sobre las culturas humanas sin confín. Es verdad, el discurso acerca de la relación de la Iglesia con el mundo comenzó con Cristo –la Iglesia nació de su Corazón–, y antes, con Dios mismo que ha creado el hombre a su imagen y semejanza: Cristo la ha fundado sobre Pedro y Dios la ha fundado sobre la libertad. Ningún término es más sugestivo y dramático para el hombre que éste de la libertad. Hegel lo consideraba el más original y revolucionario de la historia humana –es propio del cristianismo, puesto que en su sentido universal y radical el mismo era desconocido a los griegos y a los romanos, que todo lo resolvían en la política; este término vino con el mensaje cristiano de la universal comunión y hermandad humana en Dios con Cristo. Y esto es justamente la Iglesia, en su aspecto dinámico y en su fascinación existencial.

“Oh potencia del Padre eterno, ayúdame; sabiduría del Hijo, ilumina el ojo de mi intelecto; clemencia dulce del Espíritu Santo inflámame y une mi corazón en ti. Confieso, Dios eterno, que tu potencia es potente y fuerte para librar a la Iglesia y a tu pueblo, para sacarlo de las manos del demonio y para acabar la persecución de la santa Iglesia, y darme a mí la victoria y la fortaleza contra mis enemigos. Confieso que la sabiduría de tu Hijo, que es una cosa contigo, puede iluminar el ojo de mi inteligencia, aquel de tu pueblo y lavar las tinieblas de tu dulce esposa. Confieso, dulce, eterna bondad de Dios que la clemencia del Espíritu Santo y tu fogosa caridad quiere unir e inflamar mi corazón en ti y los corazones de todas las creaturas que poseen razonamiento. Por tanto te apremio, puesto que tú sabes y quieres y puedes, tu potencia, Padre eterno, la sabiduría de tu Hijo Unigénito por su preciosísima sangre y la clemencia del Espíritu Santo, fuego y abismo de caridad que tuvo a tu Hijo fijado y clavado en la cruz, que tú tengas misericordia del mundo y des el calor de la caridad con la paz y la unión en la santa Iglesia. ¡Ay sí, no quiero que tardes más: te ruego que tu infinita bondad te empuje a no cerrar el ojo de tu misericordia sobre tu santa esposa. ¡Jesús dulce, Jesús amor!”⁴

⁴ STA. CATALINA DE SIENA, *Oraciones y elevaciones*, Roma, 1920, p.

DIALOGO

La dinámica de la salvación es la Iglesia misma como “situación de salvación” en el arco enigmático del tiempo, que es el encuentro del cristiano con los hermanos en Cristo, el encuentro de Cristo con los hombres en la comunión de fe y de caridad. En el combate que libra la teología mayor contra las herejías hasta el Vaticano II, la Iglesia se yergue como una fortaleza y un castillo, puesta sobre el monte del tiempo y de la historia, potente con las cuatro torres que son la unidad, la santidad, la catolicidad, la apostolicidad: las notas en las que se manifiesta la fe indivisa, el fervor de la caridad, la apertura al mundo, descubriendo su vocación originaria de ser “misión” *ad omnes gentes*. La teología menor es la misma humilde y férvida meditación sobre el Evangelio, iluminada y confortada ciertamente por las piedras angulares de los dogmas que la Iglesia ha defendido y proclamado para que la inteligencia no se envanezca ni sea seducida por la vana filosofía, no sólo la helenística sino también la moderna y contemporánea. *Ecclesia militans* y *Ecclesia triumphans* – *Ecclesia docens* y *Ecclesia patiens*...: los términos de ambas duplas “mantienen” la tensión del camino de la fe entre los sortilegios de las figuras fugaces del tiempo y los engaños de los bienes aparentes.

“No examinaré aquí mis sentimientos. Pero ahora sé muy bien, mientras entonces no lo sabía, que la Iglesia católica no permite que ninguna imagen, de ningún tipo, ni material ni inmaterial, ningún símbolo dogmático, ningún rito, ningún sacramento, ningún santo, ni siquiera la Bienaventurada Virgen, se interpongan entre el alma y su Creador. En cada circunstancia, entre el hombre y su Dios, se da un cara a cara, un *solus cum solo*. Sólo Dios crea; sólo Dios redimió; ante Su mirada terrible bajamos a la muerte; su visión es nuestra eterna beatitud”⁵.

La fascinación existencial de la vida de la Iglesia está toda en esta tensión de individuo y comunidad, transferido a la comunión de las almas

31s.

⁵ J.H. NEWMAN, *Apologia pro vita sua*, in *Opere* trad. it. de M. Guidacci y G. Velocci, Florencia, 1970, p. 174s.

con Dios en Cristo, del cual llegó la invitación: “Venid a mí, vosotros que estáis cansados y oprimidos y yo os aliviaré” (*Mt* 11, 28): “Venid”: es un plural, pero no cualquier plural –es un plural histórico y de privilegio, es decir clasista, como se dice hoy. Es un plural de compasión y elección de parte suya: puesto que nosotros estábamos extraviados y enorgullecidos, y sólo él, Cristo, el Verbo hecho carne nuestra, podía reconducirnos al camino que conduce al golfo de la esperanza. Es un plural de contradicción y de crisis por nuestra parte. Contradicción del pensamiento humano, jamás quieto y jamás satisfecho, que arrastra al hombre a los “senderos que se pierden en el bosque” (Heidegger) de la vanidad de la razón. Crisis en la voluntad, trepidante y rebelde, ardiente de pasión por el bien y la belleza pero torturada por el asedio, que jamás cede, de los siete vicios capitales. Aquí viene en socorro la Iglesia, que es la casa del encuentro de las almas con Dios y de Dios con las almas, de la comunión de los hombres con Dios y entre ellos con Dios. “Ecclesia” es en efecto asamblea, colectividad, en el sentido de actuación misteriosa como de una presencia, que es a un tiempo patente y escondida: descubierta en nosotros en la presencia de cada uno para el otro; escondida en todos por la fe en Cristo en la espera de su venida. La “casa” nació como un lugar de presencia del amor mientras se desarrolla la comedia de la vida. Hoy, para muchos, la vida se está convirtiendo cada vez más en un drama absurdo, un nido de víboras y de desesperación: por eso, como el hijo pródigo del Evangelio, hoy el hombre deja la casa, huye de casa... – el espacio pierde sus dimensiones humanas y el tiempo se espesa con oscuros presagios. Los hombres no se encuentran más, se desencuentran. El hombre no encuentra a su próximo y a su semejante, sino al rival y al explotador. La vida se convierte en pelea, lucha de clases, autodestrucción en los espirales de una “tormenta que jamás descansa”.

“Por tanto, hermanos, si cumpliéremos la voluntad del Padre, nuestros Dios, perteneceremos a aquella primera Iglesia, la espiritual, la que fue creada antes del sol y de la luna; si, por el contrario, no cumpliéremos la voluntad de Dios, seremos de aquella Escritura que dice «mi casa se ha convertido en una cueva de ladrones» (*Mt* 21,13).

DIÁLOGO

Escojamos, por tanto, ser de la Iglesia de la vida para alcanzar la salvación. Así sea”⁶.

La Iglesia se ha convertido con Cristo en la Casa de Dios “para” los hombres. Dios de suyo habitaba y habita en los cielos, en la infinitud de Sí mismo. El hombre de suyo habita en casas de paja y barro, de ladrillos y cemento, en pueblos y ciudades, errante sobre la tierra. Ahora, en la Iglesia, Dios habita “con” los hombres: los escucha y los anima, los reprende y los conforta. Y los hombres allí habitan “con” Dios en su Iglesia: lo invocan y esperan su última venida suplicando: “¡Ven, Señor Jesús!” (Ap 22,20).-

*Traducido del original italiano
por el R.P. Lic. Elvio C. Fontana, V.E.*

⁶ CLEMENTIS ROM., *2da Epist. Ad Cor. XIV*, 1; *Patres Apostolici*, ed. F. X. Funk², Tubingae 1887, t. I, p. 160.